

REPUBLICA ESPAÑOLA

Presidencia del
Consejo de Ministros

CASTELAR ORADOR y HOMBRE DE ESTADO 15

por
Don Alvaro de Albornoz
Ex-presidente del Gobierno de la República, en Exilio

Cuando os veais opresos, sed revolucionarios como yo lo he sido; pero cuando tengáis el derecho, imitad mi moderación y mi prudencia, con lo cual mereceréis el mejor de los honores y la más alta de las dignidades: el ser ciudadanos libres en el seno de nuestra España engrandecida.

.

Una de las ideas más funestas que yo he oído sostener en mi vida, es la idea que duda de la voluntad nacional. ...!Nosotros, el pueblo más valeroso del mundo, el pueblo de los imposibles, no tenemos voluntad nacional! ...La voluntad nacional existe; lo necesario es buscarla e interrogarla. Si os quiere a vosotros - los monárquicos - sea en buen hora; pero no nos tengáis en la duda de no saber jamás a quien quiere España, porque de esa duda nacen los sueños fatídicos de las revoluciones.

.

...hay que romper el molde angosto en que ahora se contiene el espíritu nacional, devolviéndole la carta de soberanía y dejándola en el ejercicio pleno y completo de sus imprescriptibles derechos. Los musulmanes dicen : "Sólo Dios es grande", y yo digo que solamente la nación es soberana.

.

Castelar, 29.V.1877

Documentos y Estudios
sobre la España contemporánea

AGOSTO 1973

Nº 15

Serie del Centenario de la
Primera República
Nº 2.

CASTELAR, ORADOR Y HOMBRE DE ESTADO

La generación de hoy sabe apenas quien fué Castelar. Ello se debe a varias circunstancias. La primera, nuestra falta de sentido de continuidad histórica; los tajos de nuestra geografía que se reflejan en nuestro carácter y en nuestra historia dividida en compartimentos estancos. La segunda, el desdén de los escritores en general, trompetas de la fama tanto en lo actual como en lo póstumo; el desdén de los escritores que suben a la tribuna a leer por los que suben a la tribuna a hablar, como si la palabra no vertida más o menos trabajosamente sobre las cuartillas, sino fresca de los labios en la espontaneidad de la creación, fuese cosa de charlatanería; cuando no hay nada más difícil y peligroso que la tribuna, sobre todo la tribuna política, rompeolas que cuando no es azotado por la tormenta es socavado por las resacas férvidas y pérfidas del odio y de la envidia. Otra circunstancia, la idea corriente acerca de la oratoria en el sentido de hablar por hablar, las palabras, palabras, palabras...de que hablaba Shakespeare, o en el sentido de anticuada grandilocuencia, cuando no es eso, La oratoria no es sobre todo ni principalmente grandilocuencia. La oratoria es ingenio, es gracia, es la reacción pronta, la réplica viva y ágil en la esgrima elegante de la palabra.

Del Parlamento español, recuerdo yo, mucho más que los discursos grandilocuentes, los rasgos ^{de}ingenio. Hablaba una vez, con ínfulas de hombre de Estado, desde la cabecera del banco azul, el conde de Romanones; (ya Cambó le había dicho: "Le viene ancha a su señoría la levita de Gladstone"), cuando don Antonio Maura le susurraba a su hijo Miguel: "Fíjate, cada gesto es un delito".

En otra ocasión, un orador provinciano, Don Dalmacio Iglesias, en un discurso de grandes pretensiones, hablaba de su distrito, Gerona, tres veces inmortal. "Cuatro - le dije Canalejas - ; la cuarta vez se immortalizó al elegir diputado a su señoría".

Otro día debutaba en las Cortes un orador novel, meridional, que llegaba precedido de gran reputación; comenzó este orador su discurso diciendo : "Cual nauta que en proceloso mar navega..." Largo silencio, en el que se oye la voz de Romero Robledo, que dice : "Este barco hace agua".

Y recuerdo, por último, un duelo de esgrima de los más ágiles que he presenciado. Hablaba Lerroux; hablaba para la calle, y con voz estentórea decía que la sociedad se divide en dos clases: la de los explotadores y la de los explotados. "Y ¿ a cuál de las dos pertenece su señoría? -le pregunta el conde de Romanones. Y en el acto Lerroux replica: "A la contraria que su señoría." ¡Lástima de Lerroux!, conjunto de cualidades varias, contradictorias, paradójicas. A veces parecía un demagogo que llevaba dentro un grande de España; tenía las virtudes y los vicios que hacen a la Humanidad verdaderamente humana. El día que en las Cortes Constituyentes de 1931 se produjo la escisión entre el neorepublicanismo, ilustre pero ingenuo, y el republicanismo histórico, con sus taras y máculas, pero con una gran experiencia de la historia y de la vida, fuimos muchos los que sentimos que crujían las cuernas de la República.

Castelar orador es una creación maravillosa del Mediterráneo. Numeroso como una constelación y luminoso como el mar azul. A la vez palabra, paleta y sinfonía. Tiene de Pericles, de Cicerón y de Mirabeau. Tiene de los profetas bíblicos, de los tribunos de la Roma antigua y de los Padres de la primitiva Iglesia. Hay en su palabra la pompa oriental, la gracia helénica, la rotundidad del período latino, el tono agudo de las trompetas de Israel y la estridencia de las chirimías moras...

Uno de sus contemporáneos más ilustres, don Benito Pérez Galdós, trazó de él la siguiente semblanza: "La crítica de Castelar como orador es fácil, porque basta oírle una vez para juzgarle. No hay que examinar si tiene esta o la otra cualidad, porque las tiene todas. Subyuga con la elevación del pensamiento; embelesa con la expresión y, por tenerlo todo, es maestro hasta en las menudencias de la polémica. Castelar recibió de la Naturaleza todas, absolutamente todas, las facultades que se necesitan para conmover y persuadir por medio de la palabra; posee la grandilocuencia, la riqueza descriptiva, la elegancia, la gracia, y lo mismo maneja el apóstrofe que el chiste".

Y esta palabra prodigiosa obedece, sobre todo, a dos grandes amores: España y la Libertad. España como tema literario y como tragedia viva; España dolor, remordimiento, ilusión, esperanza, ideal, España entera, desde Covadonga y San Juan de la Peña, pasando por los campos de Villalar, hasta Gerona y Cádiz. Toda la historia de España: la formación de la nacionalidad en la gran encrucijada de Occidente, laberinto de rutas y crisol de civilizaciones; La Reconquista, el espíritu municipal, Las Cortes, el descubrimiento de América, la supremacía y la universalidad de la idea española, el repliegue al glorioso solar después de la dilatada expansión, la Independencia, las luchas por la Libertad, los héroes y los mártires de la Revolución española. Toda el alma de España: el carácter rebelde a la servidumbre; la religión, intolerante y fanática; la justicia, seca y ardiente; el arte, realista, descarnado hasta la inhumanidad; la poesía, refractaria al dulce lirismo, fuerte en la trompa épica; la música, lánguida y monotonía o bélica y estridente. Todos los pueblos de España: andaluces, vascos, los almogávares de Oriente y los tercios de Flandes; los aragoneses y los catalanes de Italia y los castellanos de América. Todas las civilizaciones de España: la catedral, la mezquita y la sinagoga; las agujas aéreas de León y de Burgos y los arabescos de Granada y de Sevilla; los doctores de Salamanca y de Alcalá y los rabíes de Toledo y de Córdoba. Todas las razas de España, lo mismo las vencedoras que las vencidas. Ante esta España se posternaba el gran orador todos los días, como en una ofrenda, en su cátedra de Historia de la Universidad de Madrid, hasta que le arrojó de ella el dictador Narváez, provocando los trágicos acontecimientos de "la San Daniel", en una de esas hazañas brutales de la soldadesca, que se han repetido en nuestros días bajo el fascismo, como el caso del infortunado Unamuno en la gloriosa Universidad de Salamanca.



Ni que decir tiene que Castelar, por la época en que vive, por su formación intelectual, por el medio en que se desenvuelve y por el escenario en que actúa, era un gran liberal, un gran liberal de la estirpe a que pertenecemos muchos; pero no un espíritu cerrado ante el pensamiento social, que ya en su tiempo alboreaba. Creía que el Socialismo, en vez de ser una pestilencia mortífera, como sostenían las escuelas conservadoras, era un signo de progreso social; creía que la Libertad sin la Igualdad no puede existir, porque esa Libertad es una espada más larga en manos del fuerte y un yugo más duro en la garganta del débil, y aspiraba a concluir con el antagonismo de clases elevando a la Libertad a los últimos restos de la esclavitud y de la servidumbre.

Naturalmente, era anticomunista; sentía hacia Bakunin, que era el coloso de aquel tiempo en la arena de la ardiente lucha social, el mismo horror que después han sentido otros hacia Lenin, Trotsky y aun Stalin, a pesar de sus entorchados de mariscal. Vale la pena citar la semblanza de Bakunin trazada por Castelar: "Yo creo que este hombre extraordinario, con todas sus apariencias de cosmopolitismo, quiere imponer a Occidente su espíritu oriental, asiático. Parece tallado en las piedras ciclópeas, según su colosal estatura. Con barbas blancas de patriarca, imperiosa cabeza de autócrata, nervudos miembros de cosaco y pequeños, agudos ojos de tártaro, lleva en su persona la fisiología de todas las razas de su inmenso imperio. Yo comprendo la fascinación que su elocuencia oriental, su genio organizador ejercen sobre las clases trabajadoras, que aguardan, como los últimos hombres del antiguo mundo, a todas horas su Mesías. En el año de 1869 se reunió el Congreso de la Internacional en Basilea. Y allí el fuerte eslavo llevó su ideal, la propiedad colectiva, que es volver a los primeros patriarcas del Oriente, al ebionismo y al esenismo asiático, que hubieran ahogado nuestra civilización al no venir la idea de la personalidad humana del Occidente y las razas germánicas con su carácter individualista del fondo de las regiones del Norte".

Pero Castelar, enemigo del colectivismo y del comunismo, no creía que era un delito aspirar a la reforma de la propiedad; creía en la propiedad individual, pero afirmaba que era reformable. Coincidió en esto con Mirabeau, según el cual la propiedad es una creación de la Ley, de cuya afirmación arranca, a no dudar para mí, lo que tiene de práctico y positivo el socialismo democrático y federal de nuestros días. En varias ocasiones, después de la tragedia de la Comuna, cuando el Gobierno de España quería entregar a Francia a los comuneros como reos de delitos comunes, Castelar, el gran defensor de los derechos individuales, levantó su voz en las Cortes para pedir que a los comuneros reos de delitos políticos se les prestara hidalga hospitalidad, y a los demás se les tratara conforme a los preceptos que establece, en lo tocante a los tratados de extradición, el Derecho Internacional.

Así era de liberal el gran hombre y gran orador, que no fué sólo el orador de nuestra raza, sino el orador de toda la raza latina. En Francia eran sus amigos Victor Hugo, Edgar Quinet, Pelletan, Gambetta y Renan; en Italia, Mazzini le llamaba hermano y Garibaldi le saludaba con su espada de redentor de pueblos. Orador de la raza latina y orador de América. En los Estados Unidos su reputación era tal que los corresponsales de Madrid de la prensa americana, para no ser adelantados por otros en el telégrafo, transmitían a sus periódicos versículos de la Biblia hasta que comenzaban a llegar del Congreso las cuartillas de los discursos pronunciados en la Cámara por el gran tribuno. Orador de América, pidió para Cuba la soberanía popular y todas las autonomías, y protestaba contra la aventura de Maximiliano en México. Orador de América y orador de la Humanidad. Una tarde se levantó en su escaño del Congreso para pedir la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico. Y apenas -tal era la fuerza y autoridad de su palabra- bajaba con su paso menudo de la tribuna y ya eran libres cuatrocientos mil negros en las Antillas.

¶
✦ ✦

Actualmente se lee poco a Castelar; se lee poco a los oradores de esta estirpe en medio del ambiente de vulgaridad en que los héroes de la vida pública no son ya los hombres de Estado, sino los hombres de negocios, y en que las grandes figuras del periodismo son los magnates del anuncio. Ya en su tiempo, en el Parlamento, motejaban a Castelar de lírico, más aún así había que compararlo con Lamartine y con Victor Hugo. Pero este lírico -generalmente se dice que los poetas no tienen sentido de la realidad, cuando

son los únicos que tienen imaginación para representársela- tenía una visión profética y una sagacidad insuperable de hombre de Estado. Previó todos los conflictos que en el curso de veinte años se produjeron en Europa: anunció la guerra de 1914 por los Balcanes; profetizó la Sociedad de las Naciones, y esa idea de los Estados Unidos de Europa, espléndida, luminosa, pero que se quiere recortar y achicar, hasta convertirla en instrumento de una política provinciana; esa idea de los Estados Unidos de Europa es la idea suya, la idea de Garibaldi, de Mazzini, de Victor Hugo, de todos aquellos grandes republicanos del Siglo XIX, que fueron los precursores de la evolución social en que tantas catástrofes se precipitan hoy y tras las cuales no cabe duda que está la gran esperanza del porvenir.

±
± ±

No hay una buena antología de Castelar. Para elegir algunos párrafos selectos, que no hayan perdido ni en significación política ni en valor literario, es menester una copiosa lectura. No es posible, sin embargo, en una conferencia sobre Castelar, dejar de leer algunos de los párrafos salientes de sus magníficos discursos. Incluyo dos, que pertenecen al extraordinario discurso de mayo de 1869 sobre la forma republicana. El primero de estos trozos evoca el espíritu profético de la escuela democrática a que me refería hace un momento, y es verdaderamente un modelo insuperable de elocuencia :

"Señores diputados, hace pocos días anunciaba mi digno amigo el señor Orense, con esa sencillez de su elocuencia que tanto se parece al apólogo del Evangelio, que la República también tiene sus profetas; y una extraña carcajada, o al menos una sonrisa escéptica corrió por todos vuestros labios. Los que así sonreían de esta gran proposición, demostraban que no conocen la sociedad en que viven. Como el tiempo tiene tres épocas, pasado, presente y porvenir; como el pensamiento tiene tres fuerzas, atracción, repulsión y armonía, la sociedad tiene tres partidos, el partido de los sacerdotes, que es el partido de ayer, el partido de los recuerdos; el partido de los hombres de Estado, que es el partido de los intereses, el partido conservador, y el partido de los profetas, de los mártires, que es el partido del porvenir, que es el partido republicano. Así es, que la escuela democrática, si es que yo pertenezco a ella, porque ya me ha excomulgado el señor Montero Ríos y creo que también el señor Rodríguez, diciéndome que yo era reaccionario; si yo tengo derecho a llamarme demócrata, que lo dudo desde que vosotros lo soís, os digo que la escuela democrática ha hecho grandes sacrificios para el porvenir, y el porvenir en cambio le ha confiado su secreto y le ha revelado sus sublimes pensamientos.

"Así como vosotros, los reaccionarios o los que en aquellos bancos se sentaban, conocían las viejas creencias donde las viejas sociedades se agarran; así como vosotros, conservadores, conocéis los intereses del momento en que se agarran vuestras soluciones; nosotros los demócratas conocemos las altas e inaccesibles cimas donde gestan las grandes tempestades que purifican la atmósfera y fecundan la tierra. La escuela democrática anunció que Italia resucitaría cuando Italia estaba yerta como la Julieta de Shakespeare en su sepulcro de mármol. E Italia resucitó. La escuela democrática anunció que en el conflicto americano la República saldría fuerte, rota la esclavitud. Tended vuestros ojos allende el Atlántico, y veréis aquella República con las cadenas de tres millones de esclavos rotas a sus plantas, y en sus manos las formas luminosas del porvenir, que se reflejan como una esperanza en la vieja Europa, cansada de sus podridos reyes. La escuela democrática anunció que en el conflicto alemán el Austria sería vencida, porque Austria representaba la reacción política y la esclavitud de Hungría y de Venecia. Y el Austria fué vencida.

La escuela democrática anunció que en la grande y extraordinaria lucha de México las tropas francesas no podrían borrar con sus bayonetas el hecho capital de nuestro siglo: la Independencia de América. Y las tropas francesas, siempre vencedoras, volvieron de México desangradas y confusas. La escuela democrática anunció que el descendiente de Carlos V y de Isabel la Católica, que el representante de la monarquía, que el representante de la conquista, que el representante del absolutismo no podría restaurar allí en América la Monarquía, ni impedir la República; y el cadáver de Maximiliano se extendía entre las riberas republicanas de América y las riberas monárquicas de Europa, como se extiende el cadáver de Carlos I entre la vieja y nueva Inglaterra, como se extiende el cadáver de Luis XVI entre la vieja y la nueva Francia. Pues bien, señores diputados: cuando la dinastía estaba en el cénit de su poder, en el apogeo de su gloria, veintidos luminosos votos, salidos de estos bancos, anunciaron que la dinastía caería, y quince años después la dinastía cayó (1). Una legión de jóvenes oradores, como acaso no ha habido en ninguna Cámara; una legión de jóvenes oradores que todos habéis aplaudido, viene aquí y os anuncia que va a vencer la República, y vencerá la República."

Y no se puede dejar de recordar, frente a la abominable tiranía española, que persigue a los hombres, no sólo por sus ideas políticas, sino también por sus ideas religiosas y manifestaciones de conciencia; no se puede dejar de recordar, repito, aquella página de la rectificación a Manterola, que brindo a los obispos de España que no han tenido inconveniente en colaborar, en el ejercicio de su sagrado ministerio, con el verdugo:

"Pues bien, yo le digo a su señoría que hay épocas, muchas épocas en nuestra historia de la Edad Media en que España no ha sido nunca, absolutamente nunca, una nación tan intolerante como el señor Manterola supone, Pues qué ¿hay, por ventura, en el mundo nada más ilustre, nada más grande, nada más digno de la corona material y moral que lleva, nada que en el país esté tan venerado como el nombre ilustre del inmortal Fernando III, de Fernando III el Santo? ¿Hay algo? ¿Conoce el señor Manterola algún rey que pueda ponerse a su lado? Mientras su hijo conquistaba a Murcia, él conquistaba Sevilla y Córdoba. ¿Y qué hacía, señor Manterola, con los moros vencidos? Les daba el fuero de los jueces, les permitía tener sus mezquitas, les dejaba sus alcades propios, les dejaba su propia legislación. Hacía más: cuando era robado un cristiano, al cristiano se devolvía lo mismo que se le robaba; pero cuando era robado un moro, al moro se le devolvía doble. Esto tiene que estudiarlo Manterola en las grandes leyes, en los grandes fueros, en esa gran tradición de la legislación mudéjar, tradición que nosotros podríamos aplicar ahora mismo a las religiones de los diversos cultos el día que estableciésemos la libertad religiosa y diéramos la prueba de que, como dijo Madame Stael, en España lo antiguo es la libertad, lo moderno el despotismo.

"Señores diputados, me decía el señor Manterola que renunciaba a todas sus creencias, que renunciaba a todas sus ideas si los judíos volvían a juntarse y volvían a levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿cree el señor Manterola en el dogma terrible de que los hijos son responsables de las culpas de sus padres? ¿Cree el señor Manterola que los judíos de hoy son los que mataron a Cristo? Pues yo no lo creo; yo soy más cristiano que todo eso, yo creo en la justicia y en la misericordia divina".

(1) Castelar se refiere a la Revolución de Septiembre de 1868 que abrió el camino a la Iera República Española, instaurada democráticamente por el voto de las Cortes, el 11 de febrero de 1873.

"Grande es Dios en el Sinaí: el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en un cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y, sin embargo, diciendo: ¡Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!". Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedirlos que escribáis en vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres". (Frenéticos y prolongados aplausos. Individuos de todos los lados de la Cámara se acercan al señor Castelar dándole calurosas muestras de felicitación).

÷
÷ ÷

Hay que perdonar a este gran orador que fuera a la vez una gran maldiciente. De Pedregal decía: "montón de piedras"; de Muro: "piedra sobre piedra"; de Pí y Margall: "ese hombre, que me ha hecho odiosa la virtud". "Pero reconocerá usted que Salmerón es un gran orador", le decía un amigo. "Lo reconozco. Tiene un dedo índice formidable. Sería el orador más grande de todas las edades... si hablara en alguno de los idiomas conocidos".

Y este maldiciente era también un vanidoso insuperable, más vanidoso aún que Victor Hugo, de quien ha dicho Cocteau que era un loco que se creía Victor Hugo. (Bien es verdad que no faltará quien diga que Cocteau es otro loco que se cree Cocteau). Un día se encontraba Castelar en el gabinete de trabajo de Victor Hugo.

- ¿A que no sabe quién ha estado sentado en esa butaca ayer tarde, le dijo el gran poeta.
- ¿Quién?
- El shá de Persia.
- Pues yo, dice Castelar, he hecho con el shá de Persia mucho más que usted.
- ¿Qué ha hecho usted?
- No recibirle.

En otra ocasión, Castelar fué objeto, en la Cámara de Diputados de Italia, de un homenaje extraordinario: reconocido en la tribuna pública por un diputado, el presidente le hizo conducir al estrado y le invitó a que tomara asiento a su derecha. Castelar refería el homenaje a su amigo Alvaro Calzado, con este comentario: "¿Cuándo le han hecho esto a Cánovas, que no le conocen más que en Chinchón?" Y sentado una vez a la mesa de una de aquellas marquesas que le recibían en su gabinete y le llevaban en su coche, acaso porque le tenían por inofensivo, la dueña de la casa le decía: "Otros oradores razonan, persuaden, convencen; pero usted emociona, usted convence, usted es un artista." Y el estrechando, halagado, la mano de la marquesa: "¿Verdad que sí?"

÷
÷ ÷

Pero Castelar, este gran orador, este hombre tan vanidoso, tenía un valor cívico extraordinario. En medio del desastre de la primera República, mientras se propagaba la insurrección cantonal y ardía la guerra civil, Salmerón renunció a la jefatura del Poder Ejecutivo porque había sido aprobada por la Cámara una proposición, con la cual no estaba conforme, en el sentido de aplicar en todo su rigor la disciplina militar. Fué entonces cuando Salmerón pronunció estas memorables palabras: "Elegido por la mayoría

de la Asamblea al frente del Gobierno, me encuentro con que esta mayoría, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puede continuar siendo gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de prescindir de muchos principios de nuestro partido".

A consecuencia de la renuncia de Salmerón, subió a la presidencia del Poder Ejecutivo, Castelar. Desde la cabecera del banco azul pronunció estas otras palabras: "Desde el gobierno no quiero consentir eso (se refiere a la anarquía imperante); no puedo consentirlo; no debo consentirlo. Acusadme de inconsecuencia, si queréis; yo escucharé la acusación y no me defenderé. ¿Tengo yo derecho a salvar la consecuencia? ¿Tengo yo derecho a salvar mi nombre? Que perezca mi nombre; no me importa; pero que no se pierda por debilidad la República y, sobre todo, señores diputados, que no se pierda en nuestras manos la patria".

De acuerdo con estas palabras, Castelar reorganizó el Cuerpo de Artillería y adoptó otras medidas enérgicas de gobierno; mas, habiendo suspendido las sesiones de la Cámara, fué acusado de dictador, colmado de injurias y escarnecido por la extrema izquierda, y al presentarse de nuevo ante las Cortes fué derrotado. Fué entonces cuando las Cortes quedaron disueltas por el general Pavía y derrocada la República.

*
* *

Con la amarga experiencia de la primera República, Castelar adoptó una posición resuelta frente a la política revolucionaria de Ruiz Zorrilla; abominó de los pronunciamientos y condenó públicamente la sublevación de Badajoz y la de Villacampa, preconizando la lucha legal. En su manifiesto electoral de Enero de 1875, en el subsiguiente discurso de las Cortes y en el célebre de Murcia en 1880, Castelar definió ampliamente su programa político. En parte halagado y en parte seducido por los liberales dinásticos, que le ofrecían votar la ley de sufragio universal y otras leyes de espíritu democrático, Castelar se dejó llevar un día por la ilusión de la monarquía liberal, como antes otros y otros después, y tras de un gran discurso en el Parlamento, en febrero de 1888, disolvió su partido. Seguidamente, Almagro en el Congreso y Abarzuza en el Senado declararon que los antiguos posibilistas se encontraban ya, no sólo dentro de la Ley, sino dentro de la legalidad monárquica.

Castelar se equivocó y rectificó. Tuvo el patriotismo y el valor cívico de rectificar. Las primeras elecciones con el sufragio universal, hechas bajo la mano corruptora de Cánovas, le producen honda decepción. "No puedes imaginar -escribe a París a su amigo Calzado- las charranadas de Sagasta y las trapacerías de todos estos políticos, que no son más que unos truhanes". La decepción y el pesimismo de Castelar aumentan. Los colman, primero, el espectáculo tragicómico de la guerra de Melilla, y después la tragedia de Cuba. Ya en 1889 declara públicamente: "La Restauración ha quebrado". En un banquete celebrado en 1897, organizado por El Liberal a la vuelta de Cuba de Luis Morote, Castelar reverdece las glorias de la tribuna republicana, volviendo a defender las ideas de toda su vida. Y en 1898 publica su famoso artículo de La Nouvelle Revue, de París, que produce en España extraordinaria conmoción. Compara a la Regente con María Antonieta y la llama "la austriaca", acusándola de pretender traspasar el poder a la infanta Isabel, porque una paz tan bochornosa como la que se teme no podría ser firmada por una princesa extranjera.

Desde las columnas de El Liberal, Castelar combate, en 1899, al Ministerio Silvela-Polavieja, y cuando un puñado de demócratas le requiere para que cumpla con su deber frente a la reacción monárquica desatada, el gran orador, anciano y moribundo, se yergue para acusar a la monarquía clerical, "que ha entregado a la reacción lo que más importa, sobre todo, en las democracias, la enseñanza, dirigida por el Monasterio de Loyola, escuela madre de todas las escuelas reaccionarias, ya sean dirigidas por agustinos, como la Universidad de El Escorial, por jesuitas, como la Universidad de Deusto, por dominicos, como el Instituto de Vargara, o por todas las tendencias reaccionarias juntas, como la Universidad de Oñate". (3)

*
* * *

Es el canto del cisne. Y el gran tribuno se fué a morir allá, en uno de los ricones más bellos de la costa levantina, bajo el sol espléndido que reverbera en los azulejos de los campanarios, entre los almendros florecidos, al lado de aquel mar latino que él tanto amaba. Agonizante dice: "¡Que me lleven con los republicanos!" Un hondo temblor recorre las filas desunidas y maltrechas de éstos; una profunda emoción embarga el espíritu de España entera. Tras el cadáver de Castelar, por las calles de Madrid, al frente del pueblo, las grandes figuras de la política y del periodismo, los próceres de la ciencia y del arte, los del linaje que sienten de veras la grandeza de España, los generales con sus entorchados. Prohibido por el ministro de la Guerra que los militares fuesen al entierro de uniforme, Weyler se presentó con todos sus penachos de capitán general. Un rebelde; un formidable panflelista, otro gran español, uno de los más implacables enemigos de Castelar. Nákens, escribió estas palabras que son, todavía hoy, el mejor homenaje que se puede hacer al gran tribuno: "Ante ese cadáver que despierta duelos tan hondos y recibe homenajes tan grandes, no sólo en España, sino en el mundo entero; ante esa gloria que no ha necesitado recibir el beso de la muerte para ser inmensa, yo olvido a Castelar político para postrarme ante el Castelar demócrata, propagandista, orador, patriota, artista, todo esto a grandes dosis; ante el Castelar que ha hecho llegar el nombre de España a puntos donde no había llegado nunca hasta ahora sino con resplandores de hogueras inquisitoriales; ante el Castelar que vive más en la memoria desde que ha muerto".

* * *
* * * * *
*

Se publicarán próximamente en esta misma serie :

- nº 3 - Castelar, verbo de la libertad y la democracia. (Antología)
- nº 4 - D. Nicolas Salmerón, o el Ideal de Justicia.
- nº 5 - D. Estanislao Figueras, Abanderado y Primer Presidente de la República

Para completar su información, lea Vd.:

- Semblanzas Españolas, por Alvaro de Albornoz, México 1954.
- El Reinado de Amadeo de Saboya y la República de 1873, por Pí y Margall, prólogo y notas de Antoni Jutglar, Madrid 1970.
Seminarios y Ediciones S.A. - Av. José Antonio, 88 - Madrid 13.
- Tres Presidentes, Pí y Margall, Salmerón, Castelar :
Documentos y Estudios sobre la España Contemporánea - nº 6, París 1972.
- Ensayistas hispanos. CASTELAR. Discursos y Ensayos, Selección, prólogo y notas de J. Garcia Mercadal.- Ed. Aguilar - Madrid 1964.
- Emilio Castelar - Discursos políticos. Ed. Giralda. Selección y Prólogo de D. Rafael de Pina. Mexico D.F.
- Historia Político-Parlamentaria de la República de 1873 -- por Juan Fernando Badía. EDICUSA. Madrid 1973 -- Colección, Divulgación Universitaria - Serie Historia nº 48